

secretó á las ceremonias supersticiosas de su religion, y los tronos y los nichos que ocuparon las estatuas de los ídolos, símbolos de los vicios que manchaban aquellas nocturnas festividades. Si el primor artístico que se advierte en la mayor parte de estas ruinas sorprende al arquitecto que las contempla atónito, el entendimiento, que penetra mas allá de lo que ven y palpan los sentidos, se horroriza de los excesos que recuerdan esas ruinas, y se cometieron sobre esa misma tierra que cubren los escombros de los edificios que las cobijaron.

La voz apostólica retumba sobre las ruinas de Balbec como sobre las de Atenas, de Alejandría y de Corinto, como si se propusiese levantarlas animándolas del espíritu vital que inspira la palabra del Señor. Á los Lazaristas ha cabido esta gloria de ilustrar á los hombres, que por cierto es mas honrosa que cuantas pudieron adquirir los filósofos que fueron á contemplar el curso de los sucesos humanos, sentados sobre los escombros de Balbec, ó el de los movimientos de los planetas sobre las ruinas de Palmira. En Balbec residen obispos católicos del rito maronita y del armenio, á cuya comunión pertenece la mayoría de sus habitantes cristianos.

Damasco, tan célebre por los recuerdos históricos que nos dejó mientras fué capital de la Siria, como despues por la trasformacion que la mano de Dios obró á sus puertas súbitamente en el corazon de Saulo, es una de las ciudades mas populosas del imperio turco. Á los Mahometanos que forman dos tercios de su poblacion, ha distinguido un fanatismo intolerante ántes que la ciudad fuese ocupada por el ejército egipcio mandado por Ibrahim Pachá en 1840. Las órdenes dadas por este y las medidas que adoptó para mejorar la situacion moral y política de la Siria, cambiaron notablemente aquel espíritu exaltado, enemigo de todo bien. Golpes mortales dados en lo mas santo del Koran, es decir, en el sacerdocio, debilitaron el fanatismo; y la influencia de los derswiches, que en Damasco se sentia mas que en al-

guna otra parte, apoyada por la supersticion de ciudadanos opulentos, desapareció casi del todo. El general Ibrahim expidió un decreto desterrándoles de la Siria por *embusteros é inmorales*. Para él nada valia la sensacion que su providencia iba á causar en una plebe afeminada por la sensualidad. Creía superior una sola bayoneta de su ejército á todos los moradores de una populosa ciudad turca. Se mantuvo inexorable á los reclamos que se le dirigieron; y cuando los derswiches, haciendo alarde de su desobediencia á la ley y apoyados en el prestigio imponente que les daba la fe en la conciencia del pueblo, se paseaban por las calles de Damasco, Ibrahim los hizo capturar en número de trescientos, y atados á los pilares de los cuarteles, azotarlos en castigo de su insubordinacion, obligándoles á cumplir inmediatamente el tenor de su decreto bajo pena capital. Los supersticiosos musulmanes esperaron el castigo que habria de reducir á polvo al sacrilego Pachá, mas su esperanza fué vana: la impudencia de los derswiches quedó castigada por entónces, y la supersticion del pueblo principió á debilitarse con rapidez.

Los cristianos, sobre ser tratados vilmente, no podian ántes de Ibrahim sino habitar el *barrio franco*, ni tenian derecho para pedir justicia, ni aun les era permitido disputar ciertas comodidades de la vida que permiten, no ya las riquezas sino la medianía, como andar á caballo, por ejemplo, dentro del recinto de Damasco. El ilustrado Pachá apreciaba, como debia, estos tristes efectos de una vergonzosa intolerancia, y arrasándolos con el filo de su espada, cual si removiese barreras opuestas por los vicios, dió libertad á los cristianos. No carece de espiritualidad su respuesta dada á las observaciones de los muftís, que reprobaban una de sus disposiciones. «Desde hoy estarán elevados en Damasco los Francos sobre los Turcos, le decian. — ¿Por qué? — V. E. acaba de permitirles que se paseen á caballo en nuestras calles, y ninguno dejará de hacerlo. — En



vuestra mano está evitarlo : si montan ellos á caballo, montad vosotros en camellos, y conservaréis vuestra superioridad.» Auxiliado con tales providencias, hizo el catolicismo progresos considerables, abrió sus templos, estableció escuelas y fundó colegios para la instruccion pública. Si ese gobierno poderoso cuya bandera domina todos los Océanos, cuando cruzaba el mar de las Antillas para impedir la introduccion de esclavos en Cuba, no hubiese mandado sus escuadras para reducir nuevamente á esclavitud moral y material á los habitantes de Siria y Palestina, hoy el cristianismo los habria civilizado, y vivirian en posesion de los derechos que solo gozan los hombres á la sombra del Evangelio. Mas y no obstante los diversos tropiezos levantados nuevamente contra el cristianismo en toda la Siria despues de la retirada de Ibrahim, se encuentran en Damasco mas de veinte mil católicos y diez mil cismáticos de diferentes comuniones. Los Franciscanos y los Capuchinos, los Lazaristas y los Jesuitas trabajan en la direccion de aquellos con celo infatigable. Los últimos reciben en sus colegios una juventud deseosa de instruccion, mientras los primeros abren sus escuelas á los niños y sirven el ministerio parroquial. Como los sacerdotes que desempeñan la mision católica de Oriente hablan el idioma del país en que viven, en las parroquias de Damasco se predica cada domingo en árabe y en turco. Mucho llamó mi atencion el recogimiento del auditorio, y mucho mas la gravedad con que un muchacho vestido de traje talar encarnado cantaba en idioma vulgar la Epístola en cada misa. Esa voz tierna repetía ahora al pueblo, ya las amonestaciones paternales que le hizo casi dos mil años há un fervoroso convertido, ó ya las solemnes prediciones que cantaron los profetas en pueblos vecinos á la Siria.

El patriarca griego católico reside en Damasco al frente de su seminario. Un anciano, que pasó su juventud en los colegios mas adelantados de Italia, y á quien la literatura árabe debe excelentes traducciones de obras de teología y de litur-

gía, ocupa una silla que la hicieron venerable en otros siglos la ciencia y la piedad de muchos Padres esclarecidos de la Iglesia (1). Su catedral presenta repetidas veces el bello espectáculo del pastor rodeado de sus ovejas para alimentarlas con el pan de vida eterna, y las escuelas el bien edificante de un octogenario en medio de niños, que satisfacen sus preguntas llenas de interes por su progreso en el cultivo de su entendimiento. Si los últimos sínodos presididos en Jerusalem por este prelado no tuvieron la aprobacion competente, su pronta y entera sumision á la voz del Príncipe de los pastores le hizo tanto honor como pudieran á cualquier obispo acuerdos los mas oportunos que hubiese hecho en servicio de la Iglesia de Dios.

Un suceso lastimoso contristó la comunión católica de Damasco no hace mucho tiempo (2), y sobre sus sangrientos detalles se han escrito gruesos volúmenes que circulan en diversos idiomas europeos. La sangre de un sacerdote conducido engañosamente por hombres que solicitaban los auxilios de sus conocimientos médicos hasta el barrio de los Israelitas, sacrificado allí, y despues de él su criado, que le buscaba; ¡ved ahí el crimen que le consternó, y con ella á cuantos aborrecen la traicion, la crueldad y la impostura que con toda la deformidad que les es propia se dejan ver en el proceso iniciado para la averiguacion de aquel delito abominable! El P. Tomas fué la víctima, y su nombre se oía repetir en Damasco hacia treinta años entre los católicos como de sacerdote celoso, y entre los disidentes como propagador de la vacuna, como médico caritativo y como protector de los afligidos y de los inocentes. El cadáver de este hombre venerable, dividido en trozos, fué encontrado por la policia, merced á las celosas pesquisas hechas por el cónsul de Fran-

(1) El ilustrísimo Sr Masloun ha traducido al árabe algunas obras de S. Francisco de Sales, S. Ligorio y Séñeri.

(2) 1840.



cia, y su sangre habia servido para amasar el pan que envia cada año la sinagoga á sus afiliados en la solemnidad pas-cual. Estos hechos se probaron hasta la evidencia; pero á pesar de todo, el proceso quedó escondido bajo sacos de oro que Judíos europeos amontonaron en el divan de Damasco, para ocultar un crimen tan enorme, y que añade una nueva mancha á las infinitas que recaen sobre la nacion israelita. El P. Tomas dejó de existir, asesinado alevosamente y del modo mas cruel (1); pero los numerosos individuos arrancados por él á la supersticion judáica viven todavía acusando la ceguedad de sus connacionales, cuyos pechos son capaces de abrigar sentimientos tales como los que manifiestan aquellos delitos espantosos. Las víctimas que hace veinte siglos sacrifican dia por dia los enemigos del catolicismo, jamas podrán inspirar temor al corazon de sacerdotes que, cuando abrazaron el apostolado, bien sabian que la Cruz era su herencia, y que en ella debian sellar en caso necesario su mision.

Nada existe en Damasco de su antigua suntuosidad: aquellos soberbios muros flanqueados por torres que fueron creidas alguna vez indestructibles, los vemos caidos á trechos; los hermosos templos, entre los que la catedral de S. Zacarías figuraba el primero por el esplendor de su arquitectura, están profanados por el culto de Mahoma; algunos pequeños adornos que llevaron ciertas casas en época venturosa se conservan, aunque mutilados é imperfectos, y son las únicas reliquias que publican la pasada magnificencia de la famosa capital de Siria. Una calle miéntras tanto, conservando el mismo nombre que tenia ahora veinte siglos, sirve de monumento á uno de los sucesos mas felices para el cristianismo: es la *Via recta*, que atraviesa toda la ciudad, llevando consigo los detalles de la conversion de Pablo, Após-

(1) Los pormenores de esta tragedia pueden verse en la obra del cónsul francés en Damasco, M. Achille, cuyo título es: *Affaires de Syrie*.

tol de los Gentiles. «Levántate, dice Dios á Ananías, y busca en casa de Júdas, que mora en la *Via recta*, á Saulo de Tarso... anda presto, porque le he elegido para llevar mi nombre delante de las gentes, de los reyes y de los hijos de Israel. Ananías impone sus manos al recién convertido, cuyos ojos se abren nuevamente, se levanta, recibe el bautismo, y lleno de Espíritu del Cielo predica en las sinagogas á Jesus, verdadero Hijo de Dios. En vano preguntaban todos: ¿No es este quien vino á Damasco para conducir presos á Jerusalem á los que creían en Cristo? Pablo mucho mas se esforzaba y confundia á los Judíos de Damasco probándoles la divinidad de Jesucristo.» Todo el maravilloso contenido de este cuadro se contempla allí agrupado en rededor á la mano del Señor que trasforma el corazon de Saulo, la obediencia de Ananías, la hospitalidad de los primeros cristianos y la fortaleza apostólica de un perseguidor de Cristo transformado en discípulo suyo. Se cree generalmente que la mezquita que existe en el centro de la *Via recta*, edificada sobre los cimientos de una iglesia cristiana, fué el lugar donde existió la casa de Ananías, á quien habló la voz de Dios. Fuera de los muros de la ciudad se muestra un sitio que se dice ser el de la conversion maravillosa del Apóstol, mas esto no se sabe positivamente.

Pero me era necesario ya volver, y perdiendo algo de lo andado tomar la ruta de la costa para ir á Nazareth, pasando por Sidon, Tiro y Tolemáida. Por poéticos que sean los colores con que los viajeros nos pintaron á lady Ester de Stanhope, yo no habria tomado tal ruta si se tratase solo de conocer á esta dama, tan célebre por sus predicciones que tanto influyeron en Lamartine, que creyó verlas cumplidas en la revolucion de 1848. Se trataba de tomar el camino conveniente, y sobre este mismo quedaba Djoun, que hicieron tan conocido las excentricidades de la fantástica reina de Palmira. No he visto á esta dama, que ya no existe; mas el motivo de sus ruidosos viajes la privan ciertamente del apo-



teósis que quieren consagrarle sus admiradores y panegiristas. Sin grandeza de alma para resistir las desgracias, y aun sin la religion que pudiera inspirársela, lady Stanhope dejó Lóndres para ir á ensanchar en el Oriente sus ideas singulares, y dar pábulo á su imaginacion romántica. Uno de sus parientes escribia al custodio de la Tierra Santa, diciéndole entre otras cosas: « Esta ilustrísima y honorable señora viaja por el Levante, porque así lo exigen su salud y su gusto; pero yo le he de agradecer continúe sus bondades y le proporcione arbitrio, á fin que venga á reunirse conmigo en esta isla de Menorca. » Mas uno era el pensamiento del señor Sidney Smith, y otro muy diferente el de lady Stanhope, su parienta, que despues de correr gran parte del Levante, encontró muy á propósito la colina de Djoun, para resucitar en sus alturas pintorescas el palacio de las Hadas, desde donde ella, cual nueva sibila, atravesase con ojo penetrante los siglos del porvenir, para hacer resonar luego el desierto con el eco de sus predicciones. El atractivo de las piastras que derramaba entre los Árabes y su altivez á nada comparable le alcanzaron el nombre de *Reina*, que á pesar de su ilimitado republicanismo le sonaba bien; su belleza extraordinaria la hizo pasar alguna vez por divinidad en el entendimiento estúpido de los Beduinos, sin que ella rehusase sus inciensos; y sus excentricidades, coloreadas por las inspiraciones poéticas de los Orientales, la presentaron siempre como un ser grande, pero desconocido é indefinible para estos. Sabidas son por todos las aventuras de esta mujer en su desierto, y el caballo que educaba para el *Mesias* que, segun ella, habia de venir á residir en su palacio y á acompañarla en sus paseos, es todavía proverbial por su brio en los contornos de Saida. Sensible es que Volney, tan ateo como lady Stanhope, no hubiese escrito cuarenta años despues; sin duda la vida y las aventuras de la sibila de Djoun le habrian suministrado material copioso para formar episodios mas hermosos que los que ha dejado en sus *Ruinas de*

*Palmira*. Lady Stanhope dejó de vivir en 1839 rodeada de miseria, y su palacio le ha sobrevivido bien poco, pues de él apenas se ven las murallas desplomadas y próximas á caer.

Dejando atras la colina de Djoun, á poca distancia encontré Saida, la antigua Sidon, capital de los Fenicios, pero sin talento como la cantó Homero, sino oprimida bajo las ruinas de sus palacios como la contemplaron los profetas. Saida era capital de provincia y residencia de su gobierno, hasta que un firman de Dejerzar la trasladó á S. Juan de Acre; pero una página de la historia del mas piadoso rey de Francia, Luis IX, le dará eternamente mayor realce que la silla del pachá. « Los cruzados ocupaban á Sidon, y con su ardor característico restablecian sus muros y edificios, destruidos totalmente. El ejército musulman, cayendo sobre ellos de repente, los pasó á cuchillo, robó sus casas, y se marchó al instante. El rey estaba á la sazón en Tiro, y apenas oye la triste nueva, cuando puesto á la cabeza de su tropa lijera llega á Sidon, para vengar la sangre de sus hermanos. Pero el espantoso espectáculo de millares de valientes que ve tirados en las calles y en el campo le detienen; manda sepultarlos, mas no hay quien se encargue de llenar tan triste deber, pues la putrefaccion era tal que temian los vivos correr la suerte de los muertos. Luis invita al legado del Papa para bendecir un cementerio, y luego, cargandó él mismo un cadáver sobre sus hombros, dice en alta voz á sus soldados: « *Vamos á cubrir con un puñado de tierra á los mártires de Jesucristo.* » Todos imitaron el ejemplo de su rey, y los cruzados muertos por la espada mahometana recibieron los honores de la sepultura (1). » La arena del mar ha cubierto tal cual recuerdo que pudiera verse de la antigua magnificencia de Sidon, destruida por el tiempo y los combates.

Tiro dista siete leguas escasas de Sidon, y atravesando yo

(1) *Correspondance d'Orient*, t. V. (M. Poujoulat.)



el territorio que divide estas dos grandes capitales, rivales en otro tiempo, me sentia poseido, no de respeto que me inspirase la solemne majestad de sus recuerdos, ni el soberbio esplendor de sus pasadas glorias, sino la presencia del Salvador que santificó este país con sus visitas tantas ocasiones. El cuadro sublime de la mujer gentil que nos dibuja la pluma inspirada de un evangelista (1), fijo en mi mente, me hacia contemplar cada lugar, cada colina y cada bosquecillo, como testigo del prodigio que aquel nos representa. Estas dulces emociones inspiradas por la fe son mas bellas que toda la poesía con que adornaron sus paisajes los viajeros en Oriente. En ellas encontramos, no figuras estériles que mueren en la imaginacion donde nacieron, sino el símbolo de nosotros mismos que representa alguna circunstancia solemne de nuestra vida. La desolacion de Tiro se percibe mejor que la de Sidon, merced á los escombros y á las ruinas que existen todavía. La *Reina de los mares*, celebrada por la historia, la fábula y la poesía, arrasada por Nabuco, y vuelta á levantarse de su postracion sobre las aguas de un mar sereno y cristalino; tomada de nuevo muchas veces, y vuelta otras tantas á levantarse, esclava de diferentes señores, y sometida á su voluntad y á sus caprichos, recuperó bajo la dominacion de los cruzados mucho de su antigua nombradía. El Evangelio tuvo en Tiro un número crecido de creyentes desde el tiempo de Jesucristo: ellos murieron víctimas de su fe, y su sangre fué derramada con tal profusion, que anegó sus calles y sus plazas, del mismo modo que las furiosas batallas de los Asirios. Mas esa Cruz, por cuyo amor morian tantas víctimas, debía al fin levantarse victoriosa y dominar la *Reina de los mares*. Así sucedió; y nosotros contemplamos todavía el inmenso monumento alzado en memoria de ese triunfo por el primer soberano á quien fué dado conocer que la Cruz ignominiosa era árbitra de los tronos y de las victorias. Este es

(1) S. Mateo, cap. xv.

la basilica de S<sup>o</sup> Tomas, levantada por Constantino el Grande y ocupada hoy por las pobres casuchas de algunas familias mahometanas. Aunque la mayor parte del vasto edificio está destruida, lo que permanece en pié y los escombros de la parte caída nos retratan con fidelidad su magnificencia primitiva. Un pueblo miserable que tiene por nombre Sur, establecido sobre los vestigios de Tiro, ved ahí cuanto queda de la gran ciudad « habitada por un pueblo numeroso como las arenas del mar, cuyos principes abundaron en riquezas, habitaron palacios de mármol, y eran servidos por esclavos numerosos. » ; Los escombros de un templo destinado á un culto que no conocieron sus principes, y unas pocas familias venidas del desierto para apropiarse los tesoros que creían encontrar bajo el polvo de sus ruinas!

No tardé en llegar á los pozos de Salomon (1): sus muros son gruesos como los de una fortaleza, y la época de su construccion parece efectivamente remontarse hasta aquel monarca, que, segun se cree, hizo construir esos inmensos depósitos para conducir las aguas que se precipitan del Líbano hasta el palacio del rey de Tiro, que le habia provisto tan generosamente de maderas para su gran templo de Jerusalem.

Mas feliz que Tiro, la antigua Tolemáida ostenta sus altos muros sobre el mar, que atraviesa el viajero cuando viene á estudiar en la tierra clásica de la fe los dogmas y las tradiciones primitivas del linaje humano, y á recordar sobre los lugares mismos los sucesos mas memorables que pudieron realizarse jamas sobre la tierra. Me encontraba ya en Palestina, y adonde quiera que volviese mi vista, divisaba recuerdos sagrados para la Religion. Voy á examinarlos: las misiones de Tolemáida, dirigidas por Jesuitas y Carmelitas, no me detendrán; ni la antigua Porfiria, cuyas reliquias se ven cerca de la moderna Caifa, me demorará mas que el tiempo necesario para preparar mi subida á la cumbre del Carmelo. Á la som-

(1) Rao-el-Ain.



bra de una iglesia recién fabricada me detuve algunas horas, y diré para honor del sacerdocio católico lo que allí no pude ver sin conmoción : un párroco de setenta años desempeñaba el oficio de albañil, mientras un joven religioso lego le servía las piedras y la cal ; ¡ vedlo ahí ! Él continuó tranquilo su trabajo, después de haberme recibido con la mayor cordialidad y mandado á su ayudante me acompañase á la iglesia. « Temo, me decía, que vengan las aguas, y destruyan en una hora el trabajo de tantos días. » Si Lamartine hubiese presenciado un espectáculo semejante, no hubiera llamado *principes orientales* á los misioneros del Levante. La abnegación de este religioso carmelita no es única : en casos semejantes he tenido ocasión de conocer igual virtud en los misioneros católicos de Oriente.

